

El IICA y la agricultura en las Américas: Metas comunes para el siglo XXI

Dan Glickman

Secretario de Agricultura de Estados Unidos de América.

A pocos meses del inicio del nuevo milenio se están reconociendo nuevamente las fortalezas, el potencial y las responsabilidades del agro en nuestro hemisferio. Los Estados Unidos de América se enorgullecen de ser un socio activo en el hemisferio, cuyas 34 naciones están cada vez más vinculadas por la integración económica, mercados libres y abiertos, una preocupación compartida por el medio ambiente, el debate científico y un sentido muy claro de nuestra propia responsabilidad en los esfuerzos por lograr la seguridad alimentaria a nivel mundial.

Una organización que está desempeñando un papel cada vez más importante en lograr nuestras metas y resolver problemas hemisféricos es el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA). El IICA está en una posición privilegiada para brindarnos orientación en áreas técnicas y para trabajar con nosotros en temas de mutuo interés.

Hace más de medio siglo, el entonces Secretario de Agricultura, Henry Wallace, uno de los fundadores del IICA, dijo: "Para librarse de la necesidad, la teoría de rendimientos sostenidos y del libre intercambio de productos entre naciones debe ser aceptada y aplicada. En la fortaleza y en la felicidad, el denominador común es una dieta adecuada". Se refería a la seguridad alimentaria.

Lograr la seguridad alimentaria exige un compromiso compartido y serio con el desarrollo sostenible a nivel mundial, y con la construcción conjunta de un futuro en que podamos trabajar en pro de la paz, preservar el medio ambiente, luchar contra las enfermedades y desarrollar las economías de nuestros países.

En la opinión del Gobierno de los Estados Unidos de América, un comercio más libre, la biotecnología, la investigación agropecuaria y la agricultura sostenible deben ir de la mano con los esfuerzos por lograr estas metas. Es imperativo alcanzar estas metas para lograr la seguridad alimentaria a nivel mundial.

Dada la recesión en las economías de Asia, nuestro hemisferio se ha convertido en el mercado que más rápidamente está creciendo en el mundo. Sin embargo, a nuestro hemisferio le falta mucho por recorrer en el camino hacia la integración. Es por esta razón que las naciones del hemisferio deben trabajar juntas en la próxima ronda de negociaciones comerciales de la Organización Mundial del Comercio (OMC), para eliminar aquellas barreras o subsidios que interfieren con la operación de los mercados internacionales y que impiden distribuir eficientemente los alimentos y los productos agropecuarios, así como mantener un nivel adecuado de apoyo para nuestros productores agropecuarios.

Nuestras expectativas son altas con respecto a las siguientes medidas de liberalización, que se analizarán durante la próxima ronda: reducciones de aranceles para productos agropecuarios, la ampliación de cuotas arancelarias, la mayor reducción (o la eliminación) de los subsidios a la exportación, disciplinas adicionales relativas a las empresas comerciales estatales, la desvinculación de las medidas de apoyo doméstico de la producción, para que la asistencia gubernamental no distorsione el comercio y haya mayor claridad con respecto a las medidas sanitarias y fitosanitarias.

Mientras tanto, hasta que no se formalice un nuevo acuerdo agropecuario, tenemos interés en intercambiar puntos de vista con los países vecinos del hemisferio sobre cómo mantener el ímpetu de la reforma del comercio multilateral. Deseamos evitar que se interrumpa el proceso de reforma, lo cual podría causar que algunos de los avances logrados en años recientes se pierdan.

La experiencia demuestra que la liberalización del comercio funciona bien. Una y otra vez, en las alianzas comerciales, tales como el Mercado Común del Sur (Mercosur) y el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica (TLCN), se ha comprobado que la cooperación y la unidad benefician a todos los países participantes.

Después de la segunda Cumbre de las Américas, realizada en Santiago en abril del año pasado, los ministros de comercio de 34 países elaboraron una Cuarta Declaración Ministerial, en que recomendaron a sus Jefes de Estado y de Gobierno iniciar las negociaciones para establecer el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Actualmente, unos 30 acuerdos comerciales bilaterales y regionales están vigentes en el hemisferio occidental. En la medida en que los arreglos regionales propicien la liberalización del comercio y las reformas económicas, también contribuyen a los esfuerzos que ha emprendido el presidente Clinton por lograr la creación del ALCA. Sin embargo, los pactos regionales, si bien aseguran un acceso preferencial a mercados, también pueden castigar a los países no miembros del pacto. Así, instamos a todos los países del hemisferio para que dirijan sus esfuerzos hacia la eliminación de las prácticas que distorsionan el comercio agropecuario.

Los objetivos del ALCA buscan eliminar los subsidios a la exportación que afecten el comercio a nivel hemisférico, así como identificar y reducir paulatinamente otras prácticas que distorsionen el comercio de productos agropecuarios. Bajo el nuevo marco del ALCA será posible combinar las fortalezas de nuestros países vecinos, creando así una formidable alianza comercial que beneficiará a todos los miembros.

Con la eliminación de los aranceles y otras barreras comerciales no tradicionales, muchos países deberán idear maneras más creativas para proteger sus mercados. El resultado ha sido uno de los impedimentos más importantes al comercio, y quizá la amenaza más seria para un comercio más libre: la pseudo-ciencia.

No se puede permitir que objeciones sanitarias y fitosanitarias socaven el comercio. Según el USDA, la restricción del comercio con base en razones pseudo-científicas cuesta aproximadamente US\$5000 millones por año. Los fallos en la solución de disputas comerciales deben basarse en la ciencia, no en la política. Para mostrar la importancia que damos a este asunto, el Gobierno de los Estados Unidos de América está asumiendo un papel de liderazgo en el Comité de Medidas Sanitarias y Fitosanitarias de la OMC.

El gobierno estadounidense también está tomando una acción rápida y decisiva para responder a problemas de inocuidad de los alimentos, que se vinculan a los productos tanto domésticos como extranjeros, con el fin de asegurar que los alimentos que consumimos son inocuos. Los consumidores estadounidenses quieren tener acceso a una variedad de frutas y hortalizas durante todo el año. Dado que ha habido un aumento en la incidencia de las enfermedades transmitidas por los alimentos "eta", estamos solicitando al Congreso que apruebe legislación que autorice a la Oficina de Alimentación y Fármacos (Food and Drug Administration) prohibir la importación de productos de países cuyas normas de producción e inspección no sean equivalentes a las nuestras.

El tema de la inocuidad de los alimentos abre grandes oportunidades de cooperación entre los Estados Unidos de América y el IICA. El IICA y una universidad estadounidense, Texas A&M, ya están ejecutando acciones cooperativas, incluyendo un centro de capacitación en el manejo de plagas.

Si una meta principal de los esfuerzos en pro de la seguridad alimentaria es que la oferta de alimentos sea abundante y sana, entonces las investigaciones y las tecnologías de punta serán fundamentales para su logro. Debemos volcar la vista hacia la tecnología en la búsqueda de

respuestas apropiadas a preguntas difíciles. ¿Cómo alimentar a una población mundial que crece y, a la vez, proteger el medio ambiente? ¿Cómo producir más sin aumentar la superficie agrícola? ¿Cómo lograr que los alimentos que consumimos sean mejores y más sanos? En la búsqueda de respuestas, debemos comprender que ninguna será aplicable en todos los casos y que todas no se van a encontrar en un solo lugar.

Durante los próximos 25 años más o menos, la población mundial aumentará en 2000 millones de personas. Sin la biotecnología, para poder producir lo suficiente, no nos quedará más que explotar tierras agropecuarias y forestales muy susceptibles a la erosión. Las alternativas se encontrarán en laboratorios y centros de investigación en todas partes del mundo. Capté el enorme potencial de la ciencia cuando, hace dos años, visité el Centro Internacional de Mejoramiento de Maíz y Trigo (CIMMYT) en Texcoco, México. Los laboratorios de ese centro son la cuna de la Revolución Verde, o sea los muchos avances tecnológicos que se lograron en los años sesenta, que nos permitieron alimentar a un mundo que crece rápidamente, sin destruir el medio ambiente. En mi visita a sus instalaciones, me llamó la atención un rótulo que tenía que ver con Norin 10 (un gen utilizado en la reproducción del trigo) y que decía: "Un gen... ha salvado cien millones de vidas".

Al leer ese rótulo, no me quedó ninguna duda de que la ciencia y la tecnología ofrecen la mayor promesa para nuestros esfuerzos por erradicar el hambre y mejorar la nutrición. La ciencia es nuestro aliado. La biotecnología puede mejorar la resistencia de los cultivos a las enfermedades y plagas, aumentar su tolerancia al estrés medioambiental, mejorar los rendimientos de los cultivos y preservar la diversidad vegetal y animal.

Considero que el hambre, y no la biotecnología, es el enemigo. El Director General del IICA, Carlos Aquino, ha dicho que la biotecnología es una herramienta del siglo veintiuno que tiene el potencial de ir más allá del tradicional mejoramiento de plantas y, en el transcurso, ayudarnos a cumplir con nuestros compromisos relativos a reducir el hambre a nivel mundial y preservar nuestro frágil medio ambiente.

No podemos lograr una seguridad alimentaria de largo plazo, a menos que nos comprometamos seriamente con la preservación de nuestros recursos mediante el desarrollo sostenible a nivel mundial. En los Estados Unidos de América, la comprensión de esta realidad ha sido el motor de reformas importantes en nuestras políticas relativas a la conservación. Al poner a trabajar nuestras tierras agropecuarias más productivas, también estamos protegiendo aquellas tierras más susceptibles a la erosión.

Si pensamos en el futuro, el desarrollo sostenible tendrá que ser una de las más altas prioridades mundiales, sea preservando las tierras agropecuarias, los bosques, o los recursos pesqueros; reduciendo las presiones de la población sobre nuestros recursos; o respondiendo a cambios climáticos a nivel mundial.

Nuestros ministerios necesitan iniciar un diálogo sobre las maneras apropiadas de velar sobre los cambios que ocurren en el hemisferio y de ayudar a los agricultores para que contribuyan, sana y responsablemente, a la seguridad alimentaria del próximo siglo.

Nos corresponde, como funcionarios gubernamentales, respetar el trabajo de nuestros agricultores, asegurando un comercio justo y abierto. También nos corresponde reconocer que estamos unidos en este esfuerzo, en nuestra preocupación por el medio ambiente y nuestros recursos frágiles, y en la fortaleza y prosperidad del hemisferio que dejaremos a nuestros hijos.

El IICA ha declarado que está dispuesto a asumir el liderazgo en estos aspectos complejos de la agricultura. Ya está promoviendo la participación del sector privado, la capacitación, la educación, la tecnología y la investigación. El Gobierno de los Estados Unidos de América prevé un papel clave para el IICA en el siglo veintiuno y espera mantener una relación fuerte y productiva con el Instituto.